
SER SOCIÓLOGO EN ESPAÑA*

Salustiano del Campo
Universidad Complutense de Madrid

En la escena VII del Acto Segundo de *As you like it*, Shakespeare escribió:

*«El mundo entero es un teatro y todos los hombres
y mujeres son simplemente actores.
Hacen sus entradas y sus salidas,
y cada uno representa en su tiempo muchas partes,
siendo los actos de la obra siete edades...»*

Este texto metafórico lo he utilizado en una de mis obras porque se vale del ciclo vital individual para delimitar siete edades, desde la infancia a la decrepitud, y ahora me serviré de él para comentar el curso de mi vida en el desempeño del rol de profesor, que me parece el único relevante para los que estamos aquí reunidos. El propio Shakespeare menciona también algunos papeles sociales —enamorado, soldado y juez— para identificar la dimensión total o parcial que en cada experiencia personal subyace a la gradación de las edades.

En función, pues, de mi parte de profesor universitario español de Sociología esquematizaré mis experiencias desde la tercera década de mi vida hasta el

* Conferencia pronunciada en el homenaje recibido con motivo de su jubilación en el Paraninfo de la antigua Universidad Central. Madrid, lunes 8 de abril de 2002.

comienzo de la octava en la que me encuentro, haciendo referencia, como es lógico, a los contextos en los que he actuado, que no han sido precisamente estáticos y que, por supuesto, han revestido siempre un enorme interés profesional para el sociólogo que soy.

1950-1960: AÑOS DE PREPARACIÓN

En 1953 y 1954, respectivamente, terminé las carreras de Derecho y Ciencias Políticas que había empezado en 1948, cuando vine a Madrid tras haber superado en Granada el Examen de Estado. La vida española era entonces bastante chata y pobre, a pesar de que, como colegial de uno de los tres Colegios Mayores masculinos que funcionaban en Madrid, gozaba de un ambiente cultural de excepción. En el Colegio Mayor Santa María de Europa leyó algunos de sus cuentos Ignacio Aldecoa y un capítulo de *La colmena* Camilo José Cela, pero esto sucedía a la vez que para poder leer *El contrato social*, que estaba en la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas con un tejuelo rojo, hube de presentar una carta firmada por don Nicolás Pérez Serrano.

Desde el primer momento me interesé por las ciencias sociales en general y por la Sociología en particular. Tuve la fortuna de ingresar como becario en el Instituto de Estudios Políticos, que dirigía Javier Conde, y eso me permitió centrarme en lo que en adelante me iba a interesar más. Los cursos se desarrollaban allí a un gran nivel y los maestros viejos y los jóvenes rivalizaban en darnos a piezas lo mejor que intelectualmente se hacía en los países que contaban. Lo cual no sucedía en otros medios. Recuerdo que, por esos años, en la colección «Cuestiones Actuales», que dirigía Xavier Zubiri, se publicó el libro de Yves Congar *Falsas y verdaderas reformas de la Iglesia*, mientras que Rafael Calvo Serer editó en Rialp su *España sin problema* como respuesta al libro de Pedro Laín *España como problema*.

Los cursos del Instituto de Estudios Políticos, que a partir de 1950 se sistematizaron en dos especialidades, Sociología y Administración Pública, antecedieron a la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en 1944 y nos adentraron en lo que eran las ciencias sociales de la postguerra de la mano de Javier Conde, Enrique Gómez Arboleya, Julio Caro Baroja, Valentín Andrés Álvarez, Luis Díez del Corral, José Antonio Maravall, Manuel García Pelayo, Carlos Ollero Gómez, Manuel de Terán, Julián Marías, Manuel Cardinal Iracheta, Nicolás Ramiro Rico, Fernando Chueca Goitia, Enrique Lafuente Ferrari y otros profesores más jóvenes, como Manuel Alonso Olea, Jesús Fueyo, Enrique Fuentes Quintana y Eduardo García de Enterría. Buena parte de este magnífico plantel de profesores se incorporó más tarde a la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

Adscrito a Falange Española, el Instituto era una gigantesca anomalía en una España que en todas sus épocas las ha ofrecido con largueza. Los alumnos éramos becarios, como lo son hoy los de la Fundación March, y teníamos la

obligación de pasar un examen general y otro de idiomas. Antes he dado una relación de algunos profesores, pero no puedo hacer lo mismo con los alumnos, porque alguien decidió después de 1975 retirar su lista de la circulación y hasta ahora sólo ha sido posible rehacerla parcialmente, aunque se está en ello. De todos modos, a más de uno de los presentes le sonarán nombres como los de Javier Pradera, Ramón Tamames y José María Amusátegui, que son solamente tres botones de muestra de la juventud que allí bullía intelectualmente. Recuerdo que el profesor Ebenstein, de la Universidad de Princeton, especialista en totalitarismos, que fue uno de los primeros norteamericanos que se acercó al Instituto a curiosear, no podía ocultar su asombro al comprobar lo que estudiábamos y discutíamos, hasta el punto de preguntarse dónde estaban allí los fascistas. De lo que digo dan testimonio tanto las Revistas, empezando por la de Estudios Políticos, como los libros publicados esos años en el Instituto.

En 1955, con una beca del Population Council, para la que me propuso Javier Conde, de cuya Cátedra en la Facultad de Derecho era Profesor Ayudante, marché a Chicago a estudiar Sociología y a especializarme en Población y Ecología Humana. Allí estuve dos años trabajando mucho, pero disfrutando con todo. Con las bibliotecas abiertas y accesibles, con el trato familiar de los profesores, con el estímulo de los compañeros y con la vida cultural de la Universidad. La Universidad de Chicago siempre ha figurado entre las diez mejores de Estados Unidos en el conjunto de los saberes y entre las dos o tres primeras en Sociología. Allí tuve algunos grandes profesores como Philip Hauser, Donald J. Bogue, Leo Goodman, Lloyd Warner, Everett Hughes, Anselm Strauss, Otis Dudley Duncan, Edward Shils y David Riesman, y aun alcancé a tomar algún curso con Ernest Burgess. Fuera del Departamento de Sociología tuve la oportunidad de asistir como oyente a cursos de Leo Strauss, Theodore Schultz y otros profesores famosos. Todos dejaron una profunda huella en mi formación, pero quiero aprovechar esta oportunidad para reconocer y agradecer públicamente lo mucho que me ayudó, intelectual y personalmente, Donald J. Bogue, que todavía vive.

De Chicago regresé en 1957 a Madrid, donde Manuel Fraga me incorporó al Instituto de Estudios Políticos como Jefe del Departamento de Intercambio y Extensión Cultural y, algo después, como Secretario Técnico de la *Revista de Estudios Políticos*, cuando Cardenal Iracheta abandonó voluntariamente este último cargo. Entonces publiqué mi primer artículo científico, «Componentes del crecimiento de la población de España, 1940-1950», y me dediqué en cuerpo y alma a redactar mi tesis doctoral, cuyo tema original hube de cambiar por razones que no vienen al caso. La hacía dirigido por Enrique Gómez Arboleya, con quien colaboraba en la Universidad y en el *Anuario de Filosofía del Derecho*. En el Instituto de Estudios Políticos me integré en el Seminario de Historia de las Ideas Políticas, que dirigían conjuntamente Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, del cual los que fuimos participantes guardamos el mejor de los recuerdos.

Evidentemente, no pretendo siquiera insinuar que todo este ajeteo fuera equiparable al ambiente tan favorable para el trabajo científico que disfruté en la Universidad de Chicago, como tampoco lo era el entorno socioeconómico norteamericano al todavía pobre de nuestro país. El Seat 600 era un lujo lejano para un joven profesor universitario español y la vida de relación mucho más envarada y menos abierta aquí. Pero había algo positivo que, como sociólogo, he echado en falta posteriormente. La población española se mostraba ansiosa de liberarse de la gran pesadilla que vivió durante la guerra civil y dispuesta a hacer lo que fuera por cambiar: de trabajo, de lugar de residencia, de mentalidad, de pautas de conducta. Nuestra sociedad intuía certeramente que las aportaciones de las Ciencias Sociales, sobre todo de la Economía y de la Sociología, habían de facilitar el camino hacia la modernización de la sociedad española, así como conseguir su liberación de mitos y tabúes irracionales y dañinos de larga data. Pero aunque todo eso estaba en el ambiente, aún no se había materializado.

Así que cuando en 1959 obtuve el grado de doctor en Ciencias Políticas y Económicas, con mi tesis sobre *La familia española en transición*, hice balance y concluí que, si bien España estaba a punto para convertirse en un país moderno, solamente una porción pequeña de su clase dirigente era partidaria del tipo de modernización que a mí me parecía el correcto: desarrollo económico y social, florecimiento científico, apertura cultural y democracia. Buena prueba de que la mayoría no opinaba de esta forma era que las doce Cátedras de Sociología creadas por Joaquín Ruiz Giménez durante su ministerio fueron suprimidas por su sucesor. Por esta razón me presenté un día al entonces Director General de Enseñanza Universitaria, Torcuato Fernández Miranda, a preguntarle por las perspectivas que tenía en España un aspirante a catedrático de Sociología y, al no recibir una respuesta mínimamente esperanzadora, decidí marcharme al extranjero a ejercer mi profesión donde pudiera.

Fui a parar a Naciones Unidas, al Departamento de Asuntos Sociales, donde bajo la batuta de John D. Durand y Jean Bourgeois-Pichat funcionaba una excelente Sección de Demografía. Ésta fue mi segunda gran experiencia formativa de la década de los cincuenta, juntamente con la de la Universidad de Chicago, y sobre algunos aspectos más personales de ella he hablado recientemente en una entrevista con Bernabé Sarabia. La calidad del trabajo en aquel Departamento era máxima y así lo atestigua la famosa obra *Causas y consecuencias de las tendencias demográficas* (1954), que es hoy una referencia obligada para los estudios de este campo. Y en cuanto a consideración personal, todo lo negativo que me afectó tenía que ver con el régimen político de España, mientras que la aceptación individual no ofrecía ningún problema.

En septiembre de 1960 volví a España, donde, triste e inesperadamente, en diciembre del año anterior se había quedado vacante la Cátedra ganada por Enrique Gómez Arboleya en 1954. No fue ésta, sin embargo, la que se convocó, sino un dúo correspondiente a Barcelona y Bilbao, al cual oposité junta-

mente con trece aspirantes más, entre los que estaba José Jiménez Blanco, que obtuvo la plaza de Bilbao. Mi memoria fue *La sociología científica moderna*, que sumó cuatro ediciones y supuso la recepción del funcionalismo y la puesta de largo de la sociología empírica norteamericana en nuestro medio universitario. Nada hacía pensar entonces que éste iba a ser un fenómeno más efímero de lo que hubiera deseado y que poco a poco las aguas volverían a discurrir por los cauces de saberes más tradicionales y acomodaticios, con la visión que de la realidad social tenían, y siguen teniendo, algunos poderes en presencia. Sobre todo, el derecho, que es un saber normativo, y la historia, que, por mucho que se pretenda, lo es retrospectivo.

1962-1971: LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

En la Universidad de Barcelona me estrené como Catedrático y tuve mi bautismo de fuego, si se prefiere denominar así a los tropiezos que sufrí en mi intento de establecer la Sociología como una disciplina seria y a la vez útil para los economistas. Mi propósito de renovación científica no resultaba fácil, entre otras cosas porque los tres libros norteamericanos de texto que pude recomendar eran muy heterogéneos y, además, todos habían sido publicados antes de la segunda guerra mundial, aunque su traducción al español era de los años cincuenta. Sus autores y orientaciones eran los siguientes: Gillin y Gillin, etnológica; McIver y Page, institucionalista; y Ogburn y Nimkoff, empírica. De mis alumnos de aquella Facultad, no pocos constituirían andando el tiempo una parte importante de la élite política de los gobiernos socialistas de Felipe González. Pertenecientes a la buena sociedad de la Ciudad Condal, probaban sus armas en el Sindicato Democrático de la Universidad de Barcelona (SDEUB) y algunos apuntaban maneras.

Allí disfruté, y permítanme esta mínima expansión, las satisfacciones personales más importantes de mi vida, como mi boda y el nacimiento de mi primer hijo, pero universitariamente la navegación no me fue fácil. Dirigí entonces una tesis doctoral, *El militar de carrera en España*, sobre la que recientemente he escrito un breve artículo en *Sistema* con motivo del fallecimiento de su autor, mi querido compañero y amigo Julio Busquets Bragulat. De las vicisitudes de dicho trabajo, así como de los problemas sobrevenidos al nuevo doctor, saqué la conclusión de que en nuestro país no hay nada más revolucionario ni crítico que desvelar objetivamente la verdad que puede alcanzarse aplicando el método científico de la Sociología. Y debo decir que, a pesar del tiempo transcurrido y del agua caída, mantengo la misma convicción.

En Barcelona inicié una revista semestral, *Anales de Sociología*, escrita íntegramente por sociólogos españoles, de naturaleza empírica y preocupada por recuperar lo mejor de nuestro acervo documental de carácter sociológico. Duró

dos años y en ella publiqué la «Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona», de Ildefonso Cerdá, en cuyo *Tratado de Urbanización* figura como Apéndice. También recopilé en un libro, *Cambios sociales y formas de vida*, algunos trabajos míos en los que procuraba destacar las repercusiones de la modernización, urbanización, secularización, etc., en las instituciones, grupos y aun personas, dentro de la teoría de la modernización entonces en boga.

En esos años experimenté algunas sorpresas profesionales agradables. Un buen día recibí en mi casa una llamada de un alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores que me explicó, de parte del Ministro, que España deseaba incorporarse a la Comisión de Población de Naciones Unidas y que se habían acercado a la Secretaría General para allanar el camino. En los contactos habidos se manifestó discretamente a la delegación española que el problema no era tanto España como el posible representante que pudiera enviar y su postura personal sobre los temas a tratar, a lo que el Ministerio respondió gentilmente que si el Departamento tenía algún nombre estaba dispuesto a aceptarlo. Fue el mío el que dieron y fui nombrado tan pronto contesté afirmativamente a las autoridades españolas. Así me incorporé a esta importante Comisión y en ella me mantuve durante dos mandatos, asistiendo al Primer Congreso Mundial de Población, que se celebró en Bucarest en 1974. A raíz de él publiqué *La política demográfica de España*, siendo de mi pluma el documento de directrices de la delegación española que fue aprobado por el primer Consejo de Ministros que presidió el actual Rey, entonces Príncipe de España.

Seguramente, sin embargo, el asunto más importante para la Sociología española en el que intervine en aquella época fue la fundación del Instituto de Opinión Pública, hoy Centro de Investigaciones Sociológicas. El Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, me encargó un documento que sirvió para planificar su organización y, cuando se constituyó su Consejo Rector, fui nombrado Consejero Delegado. Mi colega y amigo Luis González Seara se encargó de la dirección en funciones y tuvimos la suerte de reunir a un grupo de jóvenes sociólogos muy bien preparados, que figuran hoy en la cabecera de la profesión, de los cuales deseo recordar aquí a Juan Díez Nicolás, José Ramón Torregrosa, Carmelo Lisón, Francisco Alvira y Pío Navarro Alcalá-Zamora.

La novedad del Instituto y las circunstancias de su nacimiento requirieron un esfuerzo suplementario por parte de los que trabajamos en él, a fin de que no se torciera en origen y pudiera realizar trabajos significativos. No es éste el momento de referirme a sus primeras investigaciones, que están todas incluidas en el Banco de Datos del CIS, y a los comentarios elípticos favorables que merecieron de personas como Dionisio Ridruejo, sino más bien el de reconocer mi gratitud a cuantos ayudaron en aquel empeño. Una vez que logré en 1967 por oposición la Cátedra de Sociología que había sido de Gómez Arboleya, me hice cargo de la dirección del Instituto y acentué cuanto pude su carácter universitario independiente. Finalmente, en 1971, fui cesado por el

nuevo Ministro, Alfredo Sánchez-Bella, por no encajar en su política, según me dijo.

Aquéllos fueron años inquietos en el mundo universitario y eso repercutió en mi labor docente. Durante una década nunca pude dar un curso completo y tuve el gran disgusto de que la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales se dividiera en 1969, precisamente cuando a don José Castañeda y a mí se nos había encomendado organizar la conmemoración de su vigésimo quinto aniversario. De todos modos, entre 1967 y 1970 dirigí las tesis doctorales de los que hoy son muy queridos compañeros: José Castillo Castillo, Manuel Martín Serrano, José María Maravall e Isidoro Alonso Hinojal. Al margen, además, de esta actividad universitaria, participé como accionista y colaborador en la fundación de *Cuadernos para el Diálogo*, publicación que merece un buen estudio que se retrasa ya demasiado.

1970-1980: LA TRANSICIÓN POLÍTICA

En 1971 se reforzó la institucionalización universitaria de la Sociología en España mediante la celebración de una oposición a cuatro plazas de Catedrático, que duplicaba el número de las dotadas hasta ese momento. El proceso de afianzamiento de la disciplina era irreversible y así lo demostró la creación en la Universidad Complutense de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, compuesta por dos secciones separadas. Su primer Decano fue Luis González Seara y su plan de estudios siguió bastante fielmente el diseño de Facultad de Sociología que figuraba en la primera edición (1962) de mi obra *La sociología científica moderna*.

Pero lo más interesante estaba aconteciendo en aquel período extramuros de la Universidad, en la sociedad que casi inadvertidamente se nos había transformado para bien. Así lo vimos cuantos colaboramos en el volumen *La sociedad*, dirigido por mí, de la trilogía *La España de los años setenta*, que codirigida por Manuel Fraga, Juan Velarde y Salustiano del Campo vio la luz en 1972. En todos sus capítulos se evidenciaba la España nueva, que en nada se parecía a la que atacaban o defendían quienes actuaban en la política desde sus ideologías respectivas. No es que éstas tuvieran el mismo valor, porque el de la democrática era superior; simplemente que ni unos ni otros, salvo excepciones, estaban muy al tanto de lo que ya había sucedido y de lo que estaba pasando en nuestra estructura social. En el epílogo a ese volumen, que titulé «El reto del cambio social en España», traté de mostrar lo completa que era la transformación y que iba en la dirección conveniente, de modo que el problema de los próximos años consistiría en adecuar la organización política a la nueva estructura socio-económica. Esto hoy suena de cajón, pero a principios de los años setenta era una novedad atrevida.

Desde aquí invito a los futuros investigadores de la transición, sobre la que tanto queda por aquilatar, a que rastreen en la literatura especializada el surgi-

miento y la aceptación de la tesis de que el cambio político seguiría al socioeconómico y que éste aconteció principalmente en los años sesenta y primeros setenta. A pesar de su visibilidad, este planteamiento tardó en imponerse, porque las convicciones ideológicas profundas son duras de desatascar. Pero hay además otro aspecto de esta obra colectiva que me gustaría resaltar. Dio un giro a los meritorios informes sociales que venía haciendo FOESSA, basados todos en encuestas *ad hoc* que analizaban uno o varios especialistas. Lo que *La España de los años setenta* introdujo fue el análisis directo de la realidad social por sociólogos expertos en los distintos campos, que se valían de datos de diversa procedencia para realizar sus análisis propios.

En 1974, los profesores José Félix Tezanos, Manuel Navarro y yo realizamos la que sin duda fue la última gran encuesta del período franquista, *La cuestión regional española*, patrocinada por un grupo de personalidades democráticas españolas que intuían que éste iba a ser un asunto polémico e insoslayable desde el primer día del postfranquismo. El libro despertó un gran interés dentro y fuera de nuestras fronteras y ha sido objeto de múltiples citas y comentarios, aunque tal vez ha contado poco en la construcción de nuestras autonomías, que no se ha caracterizado por utilizar demasiado la ciencia.

En la segunda mitad de los años setenta los acontecimientos políticos se sucedieron con rapidez. Al referéndum de la reforma política le siguió la primera elección democrática a Cortes, el 15 de junio de 1977, y la promulgación, el 6 de diciembre del año 1978, de la actual Constitución. La transición política se configuró, pues, en un tiempo corto aunque aún se registraran conmociones como la del 23-F de 1991 y la economía tardara bastante en recuperarse. De hecho, la convergencia real con la UE no superó el nivel alcanzado en 1974 hasta la segunda mitad de los años noventa. Con toda seguridad, los futuros sociólogos que ahora están estudiando ya no vivirán experiencias parecidas, ni se estremecerán tampoco con la excitación que las acompañó.

En cuanto a la profesión, merece la pena recordar la publicación en estos años del *Diccionario de Ciencias Sociales* en español, que, patrocinado por la UNESCO y tras muchos retrasos, vio la luz en 1975-1976. El Comité Editorial que preparó la versión definitiva lo formaron conmigo Francisco Marsal y José Antonio Garmendia, y en sus dos volúmenes colaboraron 74 científicos sociales iberoamericanos y 93 españoles, que redactaron 1.440 entradas. Fue una empresa importante de la Sociología española, porque salvo el Diccionario inglés, de Gould y Kolb, ninguno de los proyectados originariamente prosperó, si bien el brasileño se realizó posteriormente por la Fundación Getulio Vargas.

En otro aspecto, la institucionalización de nuestra Sociología continuó porque se convocaron y cubrieron bastantes cátedras, con la feliz particularidad de que se dotaron con nombres de especialidades (Sociología Política, Métodos y Técnicas, Teoría Sociológica, Sociología del Conocimiento, Sociología de la Comunicación, etc.). Desgraciadamente, esto habría de durar poco,

ya que la LRU, de la que hablaré a continuación, retornó a la denominación genérica, esta vez bajo el rótulo de área, o mejor, macroárea. Entre los actuales profesores que leyeron en esa década sus tesis doctorales bajo mi dirección se cuentan Guillermo García Pérez, Manuel Navarro López, María Jesús Miranda, Francisco Alvira, Carlos Lerena, Juan José Castillo Alonso, Andrés Álvarez Martínez, José Larrea Gayarre, Tomás Calvo Buezas, José Félix Tezanos, Antonio de Lucas, Pío Navarro Alcalá-Zamora, Jesús Ibáñez Alonso, Inés Alberdi, Humberto da Cruz, Manuel Castells Oliván y Secundino Valladares.

1980-1990: LA LEY DE REFORMA UNIVERSITARIA

La década de los ochenta empezó para mí con buenos augurios, ya que en su primer año leí mi discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, donde había sido elegido numerario el año anterior. Fue un gran honor personal y estimo que también un reconocimiento para la nueva Sociología. Allí continué la serie de los académicos que fueron sociólogos, o se interesaron de modo significativo por esta materia, como Antonio Cánovas del Castillo, Manuel Sales y Ferré, Joaquín Costa Martínez, Gumerindo de Azcárate, Adolfo González Posada, Severino Aznar Embid, Francisco Javier Conde García y Antonio Perpiñá Rodríguez.

Mi discurso de ingreso versó sobre *El ciclo vital de la familia española*, e introdujo en nuestro país el enfoque dinámico de una institución que para muchos seguía siendo inmutable, así como el análisis longitudinal de los cambios familiares, a través de las distintas etapas que atraviesa desde su formación hasta su extinción por la muerte de ambos cónyuges, o por la ruptura voluntaria de la unión. De este modo regresé al asunto del que me ocupé en mi tesis doctoral y había convertido en asignatura de la Facultad, con la particularidad de que empezó siendo tachada de conservadora y no sé qué más y acabó siendo la que, a pesar de ser solamente optativa, tenía más alumnos matriculados que cualquier otra materia del Departamento, salvo las Estructuras. En esa misma década publiqué, conjuntamente con el profesor Manuel Navarro, *Análisis sociológico de la familia española*, que es una exposición que utiliza los datos disponibles de las fuentes estadísticas oficiales y de encuestas, cuidando de realizar comparaciones con los de estudios similares llevados a cabo en otros países de nuestro entorno social y cultural. En 1995, la obra *Familias: Sociología y Política* recogió la nueva visión de la familia en las sociedades industriales avanzadas, en las que el tipo de familia tradicional convive con otros que abundan en distintos países, donde por virtud de las nuevas tecnologías de la reproducción se han separado, o se están separando, el ejercicio de la sexualidad y la procreación, ésta y la paternidad y el matrimonio y el ejercicio de la sexualidad.

Pero el hecho para mí decisivo de esta década y de la siguiente fue la promulgación de la LRU, que tan grandes males ha traído a la Universidad espa-

ñola. Ya la guerra civil había dejado tambaleándose a la Universidad, pero la renovación generacional y la lenta apertura del país a la ciencia y a la modernidad mejoraron poco a poco el panorama, de modo que a partir de los años sesenta el cambio positivo se hizo visible. En medio de esta esperanza cayó como una bomba la deplorable iniciativa legal mencionada.

El antiguo Rector de la Universidad de Madrid, Pedro Laín Entralgo, había escrito que cualquier verdadera reforma de la Universidad requiere en primer lugar saber a quién hay que enseñar; en segundo, qué hay que enseñar y, por último, quién tiene que enseñarlo. Como nadie ignora, el proceso que se siguió entre nosotros fue exactamente el inverso: primero se nombraron por un procedimiento de excepción miles de profesores y se jubilaron prematuramente otros; después los idoneizados hicieron los planes de estudio y, por último, la selección de los alumnos a los que enseñar ni siquiera se consideró.

En el seno de la confianza debo decir que fue éste el momento peor de mi carrera académica, en el cual estuve a punto de arrojar la toalla y rendirme. No lo hice, pero escribí en 1984 un artículo, «La Universidad hoy y mañana», que el llorado Carlos Lerena incluyó en su selección de textos sobre educación y sociología en España y que se ocupaba principalmente de los siguientes temas: autonomía, estructura departamental, órganos de gobierno y democratización, selección del profesorado y del alumnado y proceso constituyente. Fue descalificado totalmente por el Ministerio, llamándolo panfleto y no sé cuántas cosas más, pero he vivido lo suficiente para comprobar dos cosas: que algunos de los que lo criticaron han escrito posteriormente páginas mucho más duras y que, asombrosamente, han desaparecido los «padres» de aquel engendro. Lo demás que podría decir se lo ahorro, porque ésta es de alguna manera una ocasión gozosa, al menos para mí, y no quiero empañarla con lamentaciones.

En esa misma década publiqué, juntamente con veintisiete sociólogos españoles e iberoamericanos, un *Tratado de Sociología* en dos volúmenes que alcanzó doce reimpressiones y dirigí una nueva tanda de tesis doctorales, entre las que mencionaré, por ser en su mayoría de miembros actuales del profesorado numerario español o extranjero, las de Mariano Fernández Enguita, Carlos Gómez Bahillo, Marcos Roitman Rosenmann, Máximo Díaz Casanova, Santiago Lorente Arenas, Manuel Montero Llerandi, Lorenzo Cachón Rodríguez, Ángel San Juan Marcial, Santiago Borrajo Iniesta, Minerva Donald, Rafael Díaz Salazar, Juan Mayoral Lobato, además de la del puertorriqueño Manuel Pérez de Jesús y la del argelino Mohsen Agoone.

En 1985 se produjo, por fin, la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea, algo largamente deseado por los españoles, que se contraponía a lo peor del españolismo de los mitos, el fandango y los toros, y que nos ha devuelto mundialmente una nueva identificación que jamás debimos perder. Desde entonces participé en diversas iniciativas intelectuales europeas, entre las que destacaré un máster europeo en Sociología de la Familia, que se impartió hasta fines de los años noventa en la Universidad de Lovaina.

Precisamente en torno a esos últimos años ochenta se produjeron dos acontecimientos para mí importantes. Una invitación para ser Profesor Visitante en la Universidad de Chicago, que aprecié mucho por ser mi *alma mater*, aun habiendo ejercido ya como tal en Universidades como Case Western Reserve University, New York University, University of Rhode Island, Universidad de Wisconsin, Loyola University of the South y Universidad de Lovaina. Precisamente durante mi estancia en Chicago conocí la existencia y fines del Grupo de Cartografía Comparada del Cambio Social (CCSC), del cual soy actualmente miembro activo.

1990-2002: LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

En 1990 fui cesado por el Ministerio de Educación en mi puesto de miembro del Comité de Dirección del Centro Europeo de Coordinación y Documentación en Ciencias Sociales de Viena, al que me llamó Adam Schaff y del que formaba parte desde 1976, habiendo sido reelegido en 1982 y 1987. Este cargo me había proporcionado la irrepetible experiencia de conocer y visitar todos los países comunistas de Europa, puesto que su misión consistía en fomentar la investigación sociológica en colaboración entre estos países y los occidentales. Su labor fue meritoria y en algunos momentos trascendental, como cuando, después de la primavera de Praga, fue durante algún tiempo el único centro de contacto abierto entre ambos sistemas en Europa. La verdad es que nadie me explicó la razón del relevo, que no fue airoso, pero quien fuera su autor llevó la penitencia en el pecado, porque la Institución ya no era necesaria en Europa después de la caída del muro de Berlín y mi sucesor, que asumió impetuoso la presidencia del Centro, fue el que a poco lo hubo de cerrar.

Mi incorporación al Grupo de Cartografía Comparada del Cambio Social, a la que antes me referí, ha resultado muy productiva. En 1994, la obra en tres volúmenes *Tendencias sociales en España, 1960-1990* se añadió a la serie de Tendencias Sociales de las sociedades industriales avanzadas editada por la McGill-Queens University, gracias al generoso patrocinio de la Fundación BBV, presidida entonces por José Ángel Sánchez Asiaín. A esta obra le siguió la edición española de *¿Convergencia o divergencia? Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales avanzadas*, que se publicó simultáneamente en inglés, francés y español, y el libro, aparecido este mismo año, *Leviathan transformed*, en el que también hay colaboración española, lo mismo que en el de próxima aparición *New Structures of social inequality*. En todos los casos esta labor internacional se inserta en el conjunto de temas de mayor actualidad en la Sociología mundial, al igual que otros proyectos en los que he participado, solo o con un coautor, como el de indicadores sociales centrado en ZUMA (Mannheim), o el de bienestar social en Europa, que encabeza WZB de Berlín.

Esta actividad internacional se ha completado a lo largo de los años con mi apoyo desde 1991 al proyecto de organizar una Academia Europea que, aunque parezca mentira, ofrece aún en Europa un elevado grado de confusión, ya que coexisten diversas iniciativas centradas en Salzburgo, París y Londres. De todas ellas, la más lograda hasta el momento es ALLEA, que aspira a ser una federación de todas las Academias europeas, en la que los miembros son Academias y no Académicos. Por el momento agrupa a 48 Academias, y entre ellas al Instituto de España. Ha realizado ya notables esfuerzos para redefinir el papel que corresponde actualmente a estas entidades de alta cultura en las sociedades industriales avanzadas y para lograr estatus de asesor científico en la Unión Europea.

En 1998 se organizó un Comité para la conmemoración del centenario de la creación de la primera Cátedra de Sociología en España, que consiguió reunir a un grupo de sociólogos internacionales de primera fila que expusieron cómo se realizó en sus respectivos países la primera institucionalización de nuestra disciplina entre 1870 y 1914. Gracias al patrocinio de la Universidad Complutense, a cuyo Rector Magnífico expreso aquí nuestra gratitud, acudieron a esta llamada Laurent Muchielli, de París; Theodore Caplow, de la Universidad de Virginia; Jennifer Platt, de la Universidad de Sussex; Wolfgang Glatzer, de la Universidad de Frankfurt; Alberto Martinelli, de la Universidad de Milán; Kirill Razlogov, de la Universidad de Moscú; Juan Carlos Agulla, de la Universidad de Buenos Aires, y Eva Alterman Blay, de la Universidad de São Paulo. Sus contribuciones aparecieron en un libro editado por el CIS.

Con el mismo fin se organizaron otras dos actividades: una exposición sobre Sales y Ferré y su tiempo en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, porque el primer Catedrático de Sociología fue también miembro numerario de aquella casa, y un ciclo de dieciocho conferencias dadas por Catedráticos de diversas Universidades, que ha aparecido en forma de libro con el título *Perfil de la Sociología española*, editado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, gracias a la buena voluntad de nuestra Decana.

El principal objetivo perseguido con todos estos trabajos fue prestigiar la profesión de sociólogo, que, a juicio de algunos de nosotros, no está tan considerada por la opinión pública como debiera. Por extraño que pueda parecer, se han difuminado sus bordes y vuelve a pasar por Sociología bastante de lo que había sido justamente expulsado de ella durante muchos años. Como complemento, en fin, de la labor desempeñada por el Comité del Centenario, pero al margen suyo, se emprendió la redacción por una docena de autores de la primera *Historia de la Sociología española*, que refleja la evolución de nuestra disciplina desde sus balbuceos iniciales en el siglo XIX hasta las teorías y aportaciones empíricas más recientes, junto con un balance al día de su institucionalización.

Y no quisiera abandonar este apartado sin mencionar que durante los años noventa, y gracias al patrocinio del Instituto de Cuestiones Sociales (INCIPE), se han publicado cuatro grandes encuestas sucesivas —en 1991, 1992, 1994-95 y 1997— sobre la opinión pública española y la política exterior, cuya pre-

misa fundamental ha sido que en un régimen democrático importa la opinión de todos los ciudadanos cualquiera que sea el asunto, lo cual, por supuesto, no equivale a decir que haya de ser seguida ciegamente. Sólo da por descontado que, equivocados o no, los ciudadanos españoles poseen juicio bastante para saber lo que les conviene también en el campo de las relaciones internacionales, que, dicho sea de paso, no debe de ser un monopolio de los expertos a los que pertenece su gestión. Por último diré, y perdónenme que me enorgullezca de ello, que todavía a estas alturas la mayor parte de las tesis dirigidas por mí las han presentado profesores universitarios como Fernando Gil Villa, Juan Manuel García Bartolomé, Fermín Romero Navarro, Margarita Barañano Cid, Ricardo Díaz Zoido, Mónica Egea Riche, Rafael Prieto Lacaci y Alicia Arroyo, que ha leído recientemente la que hace el número sesenta y uno.

OBSERVACIONES FINALES

Las experiencias descritas ofrecen la visión personal del último medio siglo de un sociólogo español que no tiene por qué coincidir con la de un profesional de otro campo, y ni siquiera con la de uno de otra ciencia social o de la misma. No es, desde luego, la de un político, ya que la observación participante de un sociólogo que enseña en la Universidad le obliga a guardar distancias con las posiciones políticas, salvo que escoja implicarse de lleno en batallas que al final dejarán de ser científicas, aunque ése sea su origen, y pasarán a caracterizarse como políticas, al menos en parte. En cualquier caso, si cada hombre es según Cervantes hijo de sus obras, al profesor universitario lo identifican, además de ellas, su formación, sus maestros, su escuela científica, su medio institucional y su país. Los maestros son, pues, muy importantes y, en mi caso, deseo insistir aquí en sus nombres: Luis Díez del Corral y Enrique Gómez Arboleya, que han servido del mismo modo a múltiples colegas y estudiosos y cuya obra personal sigue mereciendo ser frecuentada y aprovechada en lo mucho que vale.

Lo que más tenemos que admirar quienes hemos cultivado la Sociología en la segunda mitad del siglo XX en España es la manera tan completa y tan rápida como ha cambiado el país. Ya en 1987, cuando publiqué una ampliación de mi estudio de 1972 sobre «Composición, dinámica y distribución de la población española», incluido en el volumen *La sociedad de La España de los años setenta*, no tuve más remedio que comentar este hecho así: «El libro no es únicamente nuevo por esto, sino sobre todo porque versa sobre una realidad que ha cambiado bastante de signo. La natalidad se halla hoy en el punto más bajo de nuestra historia, la emigración internacional ha desaparecido prácticamente, se ha introducido el divorcio, las migraciones interiores han decrecido de modo importante, el estudio de la población activa ha pasado a necesitar un paralelo sobre el desempleo y hay una política explícita sobre determinados comportamientos demográficos, que implica un giro radical respecto de la anterior». A la altura de 2002, a estos nuevos fenómenos habría que añadir

otros como la inmigración, el envejecimiento y la variedad de formas de familia.

A escala nacional, a la transformación demográfica acelerada hay que sumar otras, que han caecido igualmente con rapidez y de modo completo. Me estoy refiriendo al tránsito rápido y pacífico de un régimen político autoritario a una democracia que funciona y que, aun con defectos, aparece estabilizada y razonablemente ejemplar. También hay que señalar la situación de la mujer, tan distinta hoy legalmente de la de hace cuarenta años, y poco a poco con un mayor acercamiento entre lo legal y lo real. Nuestro cambio social se ha fundamentado sobre la conversión de nuestro país en urbano, sobre el traspase de nuestra población activa de los sectores primario y secundario al terciario y, en definitiva, mediante la conversión de la nuestra en sociedad industrial avanzada, con todo cuanto ello supone de cambio de valores.

A lo dicho se ha juntado la incorporación a mediados de los años ochenta de España a la Unión Europea, donde es hoy uno de los países que figura entre los líderes y donde se pueden cumplir muchas de nuestras aspiraciones materiales y encuentran cauces viejísimas pretensiones autodeterministas o independentistas. Valga como ejemplo de su potencialidad la cuestión de Gibraltar, que parece hoy más próxima a una solución que nunca en los casi trescientos años de presencia colonial británica en la Península Ibérica.

No todo es de color de rosa, sin embargo, porque subsiste un conflicto terrorista en el País Vasco, que trata de justificarse con pretendidas querellas y aspiraciones nacionalistas de un territorio cuya historia y realidad se falsifican y manejan abusivamente. El nacionalismo se ha convertido en una gran lacra en la España de comienzos del siglo XXI, como lo fue el anarquismo un siglo antes, pero desgraciadamente no es el único factor retardatario de la modernización. Es maravilloso lo conseguido en tres décadas y admirable la paz que ha presidido el proceso, pero el déficit y la desorientación del sistema educativo nos frenan y son asuntos que requieren solución urgente. No hemos tenido buena fortuna con las reformas emprendidas en los distintos niveles educativos, pero cada día chirrían más la inadecuación de nuestro sistema universitario, que ha estado a punto de ser declarado en ruinas, y la insuficiencia de nuestra inversión en I+D. Por otra parte, en una sociedad con tantos cambios acumulados a tanta velocidad, nadie en su sano juicio se puede desinteresar por lo que pase con los valores. La democracia no tiene que formar sectarios, pero sí ciudadanos democráticos.

Y esto me trae a un punto ya muy cercano del final de mi disertación. La empecé citando unos versos de Shakespeare y me gustaría terminarla sacándole punta a un chiste sobre políticas de futuro que se atribuye a nuestro colega Anthony Giddens. Un hombre va al sastre y, mientras se prueba su nuevo traje ante el espejo, se queja de que la manga derecha es demasiado larga. El sastre le aconseja que alce el hombro. A continuación, el cliente repara en que la pernera izquierda es corta. El sastre le sugiere que arquee la pierna. Y así sucesivamente. Días después, el cliente sale de la sastrería vistiendo su nuevo traje, que

le hace caminar como un contrahecho. Dos peatones comentan: «Qué bueno debe de ser el sastre capaz de hacerle un traje que le siente bien a un tipo tan deforme».

En una sociedad que ha cambiado tanto como lo ha hecho la española, para la que tanta gente tenía su receta y donde, en definitiva, se la ha acabado vistiendo con un nuevo traje, la historia que he reproducido sirve para explicar y aclarar la relación entre políticos y sociólogos. Hoy es corriente que los políticos posen de omniscientes y que los comunicadores lo hagan de intelectuales, pero ni los unos ni los otros están dotados por su oficio de los conocimientos e imparcialidad necesarios para cortar buenos trajes que no desfiguren a la sociedad y, lo que es todavía más importante, que no limiten artificialmente su capacidad de crecer y desarrollarse. Al sociólogo le corresponde profesionalmente la tarea de diagnosticar cómo es verdaderamente esa sociedad, cuáles son sus medidas, rechazar fundadamente lo que no le va y proponer en forma de opciones lo que puede que le vaya.

Todo lo cual solamente quiere decir que la Sociología es la ciencia de la realidad y que es imprescindible reivindicar este viejo concepto, sin el cual seremos meros servidores de ideologías más o menos beneficiosas o perjudiciales, más o menos buenas pagadoras. El tema de la relación entre sociología y valores, o sociología e ideologías, o sociología y compromiso, tiene que ser revisado. De otro modo, nuestra profesión nunca prosperará y llegará incluso a ser menos solidaria de lo que es hoy. Solamente una concepción clara de lo que es un sociólogo profesional puede servir para desterrar de ella la charlatanería y el intrusismo. En este sentido, nunca sobraré la insistencia en la necesidad de adquirir una buena preparación metodológica, como la que exigen todas las auténticas ciencias de la modernidad. La ciencia, no se olvide, o usa el método científico o no es nada.

Pese al proceso de decadencia de nuestra Universidad, algunas disciplinas se han consolidado, y entre ellas está la nuestra. Su institucionalización es indudable, como lo ha demostrado recientemente María Ángeles Durán, aunque no está culminada todavía. Poco a poco, además, se ha ido desarrollando entre los sociólogos españoles un sentimiento de solidaridad que se manifiesta en actos como éste, que me honra tanto y que tan poco merezco. Aunque comparto la idea de mi colega Alonso Zamora Vicente de que la vida es un entretejerse de síes y de noes, jamás soñé que viviría un día así. Que haya sido posible se debe al trabajo desinteresado y generoso de muchas personas, principalmente las que forman la comisión organizadora de este homenaje: María Ángeles Durán, Rodolfo Gutiérrez, Julio Iglesias de Ussel, Antonio Izquierdo, Carmelo Lisón Tolosana, Manuel Navarro, Carlota Solé y José Félix Tezanos, así como al de los que les han ayudado en asuntos básicos, como la Universidad Complutense, cuyo Rector, Rafael Puyol, aquí presente, ha cedido este hermoso Paraninfo, y el Centro de Investigaciones Sociológicas, cuyo Presidente, Ricardo Montoro, ha autorizado la edición del voluminoso libro que hoy se presenta y ha contribuido de mil formas más al éxito de este acto. También, y no en

menor medida, mi gratitud se extiende a cuantos estáis presentes y a los que no han podido venir. Todos habéis contribuido a la dicha de un hombre al que sobrepasa con mucho vuestra generosidad, al que apenas le quedan fuerzas, de tan emocionado como está, para dedicar este acto a los sociólogos españoles que han desaparecido ya, pero siguen vivos en nuestra memoria.

Muchas gracias.